

Mauricio Ostría González

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

como Miembro Correspondiente por Concepción
Concepción, 26 de abril de 2002

LA FICCIÓN DE ORALIDAD COMO RECURSO IDENTITARIO DE LA
LITERATURA HISPANOAMERICANA EN LA COYUNTURA ACTUAL

*Soy hombre: duro poco
Y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
Las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
También soy escritura
Y en este mismo instante
Alguien me deletrea.
(Octavio Paz)*

1.

Aquí como me ven, medio encogido, tembloroso, esforzándome por leer estas cuartillas, con ojos miopes y mirada oblicua, soy un agradecido de la vida, un contumaz enamorado de 'la vida y el tiempo en que me tocó nacer'. Hoy, en que no sé por qué azares soy distinguido por la mismísima Academia Chilena de la Lengua, necesito vocear mi gratitud a voz en cuello. "Vengan santos milagrereros, / vengan todos en mi ayuda / que la lengua se me añuda / y se me turba la vista; / pido a mi Dios que me asista / en una ocasión tan ruda" (*Martín Fierro*: 25). Gracias le doy a mi Dios, por el don de la vida; gracias a mi tierra nortina, por cuyas calles soleadas, encandilado, camino en sueños y nostalgias y en la que aún me aguardan las tibiezas del hogar materno, la sombra altiplánica de mi padre muerto, la ternera entrañable de mi madre, las voces, los abrazos y las risas de los hermanos y de los sobrinos, el apretón de manos de amigos perdurables. A mi mujer, mi compañera, que me soporta desde hace treinta

ACADEMIA CHILENA Nº 75
(2001 - 2002)

años, con la que nos amamos en cuitas y alegrías, en discordias y esperas, sobre todo en regresos y en esos hijos nuestros sobre los que volcamos amorosos afanes y cuidados. A esta tierra penquista en que me aquerencié definitivamente, a fuerza de encontrar amigos y amigas verdaderos, algunos de los cuales me los llevó la muerte tempranera. A la patria grande latinoamericana, dolorosa y diversa, de cuyas venas abiertas procuro ser testigo permanente. A la Universidad del Norte, mi Alma Mater, donde aprendí a aprender y donde descubrí mi vocación irrenunciable de maestro; a la Universidad Austral, que me invitó al banquete de su sabia academia; a la Universidad de Antofagasta, que me acogió en hora aciaga, a las universidades latinoamericanas, en especial, las argentinas de Salta y Córdoba, en cuyas aulas se acrecentó mi entraña americana, a las europeas de Poitiers y Siena, que me abrieron sus puertas, generosas, y a esta Universidad de Concepción, tan querida, a la que entrego día a día mis mejores esfuerzos y de la que recibo ciento por uno. A todos mis profesores, representados en Gerardo Claps, Irma Céspedes, Elsa Abud y Rafael Hernández, de la Universidad del Norte, que me distinguieron con su amistad y, respectivamente, me dieron una sólida formación filosófica, filológica, humanista y pedagógica; en Ernesto Mejía Sánchez, Luis Rius, María del Carmen Millán y Rosario Castellanos, de la Universidad Nacional Autónoma de México, que estimularon mi vocación por los estudios literarios; en Antonio Alatorre y Eugenio Coseriu, de El Colegio de México, decisivos orientadores, el uno autor de uno de los más hermosos libros sobre la lengua española y el otro, maestro indiscutido en mi formación lingüística: en Manuel Alvar, Rafael Lapesa y Antonio Maravall, de mis estudios en España, admirables en su sabiduría y humanismo. A mis colegas de aquí de allá, del norte y del sur, de América latina y de Europa, especialmente a mis colegas del Departamento de Español, que este año cumple cincuenta años desde su creación. A mis alumnos, sobre todo a mis alumnos, a mis queridos alumnos y alumnas a lo largo de cuarenta años de comunicación docente, a quienes van destinados mis mejores esfuerzos y sin los cuales vana sería la escasa ciencia que poseo. Ya ven ustedes que tengo muchísimos motivos de gratitud, muchísimas razones para amar esta vida que Dios me ha dado. Ya ven también que soy un sentimental irremediable.

La Academia Chilena me ha honrado sobremanera al ofrecerme un lugar entre sus miembros. Agradezco profundamente tal distinción y la agradezco particularmente en las personas de su Director, Alfredo Matus, de su Secretario, José Luis Samaniego y de la académica Marianne Peronard, que son también mis amigos, los dos primeros, desde los tiempos de la Universidad del Norte, y Marianne, como ella bien lo ha recordado, desde los cursos del PILEI, en Sao Paulo. La circunstancia de que sean amigos muy queridos da un sentido especial a esta ceremonia, pues más allá del ritual requerido alcanza la intensidad afectiva del encuentro amical, de un auténtico ágape.

En este mismo tono, coloreado por afectos profundos, debo confesarles que mi incorporación a la Academia tiene para mí un valor emotivo muy especial. Al aceptar honrado y dichoso, la invitación, tuve muy presente que, de algún modo, las cosas se disponían para que yo ocupara el lugar, que hace nueve años dejó vacío el siempre recordado Luis Muñoz, amigo entrañable, 'con quien tanto quería', que fuera también profesor de esta Universidad y académico correspondiente en Concepción. Así, evocando su figura amable y generosa e invocando sus dotes de maestro sabio y fino lector, apasionado de la literatura, es que me dispongo a comunicarles algunas de mis permanentes y obsesivas preocupaciones en torno a las complejas relaciones entre realidad, lenguaje y literatura, lectura, crítica y estudios literarios¹ desde una perspectiva latinoamericana, la única que genuinamente puedo asumir.

2.

Vivimos un tiempo "de profundo malestar intelectual y espiritual que coincide con un formidable sacudimiento histórico", ha escrito Octavio Paz [1990:106]. En efecto, estamos inmersos en un período de cambios bastante radicales, cuya orientación y sentido no alcanzamos a percibir del todo. No sólo las formas exteriores de la vida y la convivencia social se modifican, sino también las normas valóricas, el horizonte del conocimiento, las conductas, los criterios de acción, las perspectivas, etc. Los cánones mismos de nuestra cultura están, como quien dice, en entredicho (de esta cultura moderna que llamamos nuestra sin demasiada propiedad). Las jerarquías dejan de serlo y ceden su lugar a convergencias y espectros plurales; el ideal de unidad y totalidad se abre y se fragmenta en el reconocimiento de lo heterogéneo y lo plural, las minorías, las márgenes. Vivimos, pues, una crisis múltiple que incluye relaciones de poder, identidades sociales (familia, clase, religión, nación, etnia, género, etc.), sistemas de representación, equilibrios naturales. Se anuncia el fin de la historia, de las ideologías y las utopías². Tal actitud revela un profundo quiebre respecto de las certidumbres que sostenían la llamada modernidad. Advirtamos, no obstante, que en América Latina, siempre se trató de "una modernidad confusa y refleja, entrecortada y desigual" [Escobar 1993: 266], porque "en América La-

¹ Con frecuencia aludo a conceptos y opiniones o transcribo fragmentos expuestos en otros trabajos que no creo necesario explicitar cada vez, pero que están mencionados en las Referencias.

² "Después de arrasar el mundo periférico en nombre de su modernidad, Occidente proclama el fin de la misma e invita a desensillar, a olvidar las heridas viejas y sobre todo las grandes reivindicaciones, ya que lamentablemente la historia ha terminado [...]; mientras exista la especie humana habrá historia, es decir, acontecimientos, contradicciones, grupos de poder, hegemonías, discriminaciones, dominaciones, y también resistencia, lucha por los derechos pisoteados" [Colombes 1993: 283].

tina nunca fuimos verdaderamente modernos, sino a lo sumo semimodernizados" [Colombres 1993: 283].

Inmersa en tamaña crisis, la cultura contemporánea, entendida como conjunto de objetos, creencias, valores, relaciones y procesos, parece enfrentarse a una contradicción tal vez irresoluble: por una parte, como hemos visto, se opone con ahínco a los grandes relatos hegemónicos y proclama y valora la existencia de lo diferente, lo plural, lo otro, lo heterogéneo; por otra, simultáneamente, acepta inerte los efectos uniformadores de lo que ha venido en llamarse el fenómeno de la globalización³. Tal proceso tendiente a homogeneizar las formas de vida culturales es resistido en América Latina (y no sólo aquí), de una parte, por fundamentalismos y nacionalismos y, de otra, por grupos intelectuales, juveniles y marginales, subculturas alternativas, minorías étnicas, regionales, religiosas de género, etc., que buscan preservar o reafirmar su identidad cultural y sus derechos. Es más, la ideología de la globalización encubre y disfraza los profundos quiebres y desplazamientos de las relaciones y fronteras internas y externas de las culturas. En otras palabras, aquello que se creía era el fundamento de la cultura de un pueblo, el sustento mismo de su existencia, es decir, el tejido relacional íntimo de ideas, creencias y costumbres comunes a todos los miembros de la sociedad, incluidas las minorías, evidencia ahora su defectividad. Es el caso, por ejemplo, de las culturas diglósicas, de los fenómenos de transculturación y de las subculturas marginales o migrantes.

3.

En este marco de cambios culturales profundos cuyo horizonte no alcanzamos a percibir del todo y que nos mantiene en una situación de precaria perplejidad, debe situarse lo que se ha llamado la crisis del libro y la lectura y, por ende, de la práctica de las humanidades, entendida como el cultivo de las letras en el más amplio y tradicional sentido, incluidas las instancias críticas y editoriales, así como el lugar del libro en la cultura contemporánea. Lo cierto es que, en la actual coyuntura, las letras en tanto actividad (escritura, lectura, crítica, investigación, difusión, etc.) enfrentan por los menos tres problemas: el de su sentido como escritura, el de la llamada crisis de lectura y el de su constitución como objeto de una disciplina: los estudios literarios, la lingüística, los estudios históricos, la filosofía, etc.

³ A mi parecer, la llamada 'globalización' no es otra cosa que una monstruosa y gigantesca transnacionalización de los mayores poderes jamás existentes, tras la nueva ideología de un neoliberalismo despiadado y feroz.

3.1.

Escribir para expresar lo que tenemos dentro o para recordar vivencias entrañables y conservar esos recuerdos; escribir para dar testimonio de experiencias hondamente vividas o para comunicarnos más allá del contacto inmediato y transitorio; escribir para habérselas con nuestra propia e irreductible soledad, escribir para explicar y explicarnos el mundo, escribir para desentrañar verdades, escribir por la satisfacción de inventar situaciones o crear mundos; escribir como una forma de 'exorcizar los demonios', o 'para que nuestros amigos nos quieran más'. Cada escritor o aprendiz de escritor, cada intelectual que recurre a la escritura, tiene sus propias motivaciones cuando se da a la tarea de llenar la página en blanco. De todos modos, puede parecer sorprendente la persistencia de tantos escritores, escribidores o escribanos en una tarea aparentemente tan gratuita, tan 'improductiva', tan 'inútil' como es la de escribir poesía o ficción narrativa, ensayos filosóficos o históricos en un medio regido totalitariamente por las leyes del mercado. La verdad es que tal tozudez de los artistas y de los poetas, de los intelectuales, de los humanistas no debe extrañarnos. El arte, la literatura, la vocación desinteresada por el conocimiento (no sólo racional) han actuado siempre o casi siempre, muy especialmente en la modernidad, a contrapelo de las tendencias sociales dominantes. Situarse al margen o en contra de lo real para discernir sus sentidos o construir mundos con la palabra es una de las formas más radicales de expresión de la libertad humana. Por otro lado, "todas las épocas de incertidumbres han sido ricas en creaciones poéticas y artísticas" [Paz 1990: 106]. El problema es hoy una cuestión de valor: "la inclusión del criterio de rentabilidad en un dominio regido por valores distintos" [Paz 1990: 106].

3.2.

La llamada crisis del libro y la lectura que afecta principalmente a las obras literarias, responde, a nuestro juicio, tanto a cambios profundos producidos con relación a ciertas formas tradicionales de entender y fomentar la lectura como a la evidente estrechez de los cánones que rigen la pluralidad de textos.

En cuanto a lo primero, es preciso advertir que, en una cultura como la actual en que se multiplican las fuentes de información, las formas de conocimiento y los medios de lectura, y en que las humanidades han dejado de ser el centro de nuestros sistemas educativos, el libro ha perdido el lugar privilegiado que ostentaba como herramienta de conocimiento. Por consiguiente, las políticas de fomento del libro y la lectura, especialmente a través de los medios de enseñanza, debieran ser especialmente permeables a todo tipo de estrategias tendientes al aprovechamiento de esas otras fuentes, formas e instrumentos multimediales con los que el libro compite. Quizá la actual crisis educativa, en lo que dice relación con la lectura, especialmente con la lectura de textos litera-

rios, no tenga tanto que ver con la incorporación de las nuevas tecnologías en sí, cuanto con los profundos cambios que ellas implican y que significan un continuo e inestable proceso de reorganización y reubicación de saberes y sistemas de codificaciones, cuestión, que todavía no terminamos (o no empezamos) a asimilar adecuadamente. Tal proceso implica, como observa William Rowe, una cierta "pérdida de confianza en la obra artística –sobre todo la obra literaria- como objeto de valor privilegiado" [1996: 38] y, agregamos nosotros, una disminución de la influencia de la literatura en la vida social. Todo lo cual supone, modificaciones tanto en las preferencias lectoras como en las formas de leer⁴, cuestión no siempre advertida por quienes se obstinan "en seguir pensando la lectura únicamente como modo de relación con el libro y no con la pluralidad y heterogeneidad de textos y escrituras que hoy circulan" [Martín-Barbero 1993: 30-1].

3.3.

Uno de los problemas que deben enfrentar los estudiosos de la literatura, de las humanidades en general, (los críticos, los profesores, los investigadores) es el que se deriva de la cada vez más difusa y ambigua delimitación del objeto. En efecto, de un tiempo a esta parte, la literatura, la lingüística, la historia, la filosofía, las letras, en general, entendidas como conjunto de textos valiosos culturalmente, se debaten en la encrucijada que supone, por un lado, la incertidumbre de un canon crecientemente inadecuado y deficitario frente a un corpus cada vez más amplio y heterogéneo y, por otro, el asedio plural interdisciplinar que amenaza con diluir el objeto hasta hacerlo desaparecer. Se trata, pues, "de dos multiplicidades: la del objeto o texto y la de la percepción" [Rowe 1996: 25]. ¿Cómo enfrentar ese doble desafío que implica delimitar un objeto dentro de un corpus no homogéneo y abordado por múltiples perspectivas, que suponen estatutos teóricos diversos y hasta contradictorios?

La indefinición del objeto afecta, además, a los otros aspectos considerados aquí: la escritura se hace heterogénea (transcultural) y discontinua (no reconoce ni se inserta en las tradiciones sancionadas por la norma letrada); los lectores entendidos disminuyen, se desconoce el llamado canon clásico y al lenguaje complejo, ambiguo, problemático de la literatura; a menudo, se prefiere la obra efímera, fácil de leer: el lector estético es sustituido por el lector consumidor.

⁴ "Hoy nos encontramos saliendo de la Constelación de Gutenberg y entrando al mundo de las imágenes audiovisuales y a las icónico-verbales. El número de lectores aumentará, pero no según el incremento de la población mundial. Probablemente mucha escritura irá de los libros a la computadora. De todas maneras la palabra escrita no dejará de ser la palabra hablada" [Acha 1993:108].

El concepto de escritura, que, suele superponerse al de literatura, resulta más abarcador que aquél. De hecho, incluye no sólo las formas literarias canónicas, aquellas que tradicionalmente son leídas y estudiadas por sus valores estéticos, por su capacidad de configurar mundos imaginarios, sino también los textos reputados hace algún tiempo como subliterarios (folletines, relatos policiales y de ciencia ficción) así como los llamados alternativos (testimonios, grafitis), ciertas formas mixtas de semiosis (cómicos, fotonovelas) y hasta textos utilitarios (informativos, documentales, publicitarios). En esta misma línea de recomposición del corpus y reconsideración del canon, William Rowe propone "considerar a los textos verbales [nótese que elude el término literarios] dentro del campo más extenso de las prácticas culturales" [1996: 17]. Y estima dignos de consideración a aquellos textos/lecturas capaces de intervenir en el mundo [1996: 18].

En relación con los problemas del trabajo multidisciplinario en el estudio interpretativo de textos, el mismo Rowe aclara: "las diferentes disciplinas producen una definición distinta del objeto de estudio. Ya no es cuestión de incluir o no tal o cual texto verbal, sino de cómo enmarcar prácticas culturales heterogéneas, que incluyen diferentes mediaciones, diferentes tradiciones y, como es el caso en los territorios de diglosia o mestizaje cultural, hasta diferentes historias culturales" [1996: 26]. A la heterogeneidad de las textualidades objeto de estudio debe añadirse las diferencias de estatuto y perspectiva de las distintas disciplinas: los estudios literarios, la lingüística textual, la semiología, la antropología, la historiografía, la sociología, el psicoanálisis proponen diferentes lecturas que recortan los espacios textuales y culturales de modos diferentes, difícilmente conciliables [1996: 27]⁵.

4.

En América Latina, la situación descrita se complica con la presencia de formas verbales provenientes de diversas tradiciones orales no letradas, como subculturas populares y campesinas o culturas indígenas, cuyas codificaciones difieren, a veces diametralmente, de la occidental. Esto ha producido, por ejemplo, lo que se ha denominado, literatura de doble codificación [Carrasco 1991].

⁵ En relación con el "campo cultural latinoamericano", Rowe propone las siguientes "características claves", que recuerdan los contextos señalados por Carpentier en relación con la novela: "la noción de mestizaje cultural", "los efectos de la tendencia histórica al establecimiento de Estados antes de la formación de las sociedades civiles", "las ideas fuera de lugar", "el problema de diferenciar entre el populismo y lo popular", "el cruce de temporalidades y tradiciones" y "el cruce de disciplinas intelectuales" [1996: 43-4].

En ese plural y heterogéneo universo que constituyen las sociedades latinoamericanas, se enfrentan desde la conquista, y desde entonces se contagian, una cultura tradicional oral dominada (la aborígen) y una cultura letrada dominante (la europea)⁶. Alfabetización, cristianización y colonización marcharon de la mano y produjeron "una redistribución de las prácticas y de la conceptualización de prácticas discursivas orales y escritas en las colonias del Nuevo Mundo [Mignolo 1990: 6]. Desde entonces, como toda práctica comunicativa que ha desarrollado un sistema de escritura, la cultura letrada, apoyada en el poder colonizador, manifiesta una permanente y dinámica interacción entre formas de comunicación orales y escritas y comprende zonas o niveles variados alfabetos y analfabetos. Desde entonces, la tradición oral latinoamericana, predominante en los espacios rurales y creciente en las márgenes urbanas, a veces prohibida, a veces clandestina, siempre minusvalorada y discriminada, comprende variedad de lenguas (indígenas, europeas, africanas), mestizaje o hibridez de tradiciones, heterogeneidad y sincretismo cultural. En todo caso, ambas prácticas (oralidad y escritura) suponen, además de conflictos, complementariedad e influencias recíprocas. De modo que, por un lado, "la oralidad, sistema de por sí multimedial, ya no existe en estado puro en ninguna parte de América" y sólo cabe estudiarla en relación con el sistema hegemónico letrado [Lienhard 1997: 13]; y, por otro, las formas letradas exhiben procesos de hibridación con formas de oralidad, aun en aquellas prácticas consideradas más prestigiosas y cultas, como las manifestaciones literarias.

Tal vez por esto mismo, el proceso de globalización tendiente a homogeneizar las formas de vida culturales es resistido en América Latina, que procura preservar o reafirmar su identidad cultural y sus derechos. Identidad plural hecha de convergencias y divergencias, de hibridismos y heterogeneidades, en la que el fenómeno de la oralidad, como sistema de concepciones y prácticas culturales, lejos de extinguirse, ha manifestado una pertinaz resistencia. "Para parte considerable de la población latinoamericana, las formas preferidas de expresión y comunicación "no son las 'escritas', ni mucho menos las codificadas -desde criterios hegemónicos como 'cultas', 'ilustradas' o 'literarias'- sino más bien las que provienen de una tradición oral y popular" [Pacheco 1997: 21].

Puede que esa fortaleza de la tradición oral y popular haya provocado un hecho más o menos paradójico. Y es que, mientras en nuestra cultura letrada y en la moderna práctica de la literatura, se acentúa el dominio de la escritura -incluso los textos tradicionales, populares o folclóricos suelen llegar al público transcritos o impresos-, más parece acentuarse en ellas la nostalgia de la palabra oral. Respecto de este fenómeno, advierte Adriana Valdés: "Se ha renovado

⁶ Cf. Gallardo 1985-1986: 133, nota.

[...] el interés en las culturas orales, vehículo privilegiado de identidad hasta hace poco para grandes proporciones de las poblaciones de la región. Esto significa valorizar formas culturales populares, amerindias o afroamericanas cuyo acceso al texto escrito ha sido –cuando existió– a lo menos problemático. [...] Incluso, dentro de la cultura del texto escrito, se han enfatizado sus complejidades... [1997: 127]. También los escritores han manifestado esta preocupación. Así, García Márquez comenta la dificultad de escribir en el tono y el lenguaje en que contaban las historias sus abuelos:

Fue una tarea muy dura la de rescatar todo un vocabulario y una manera de decir las cosas que ya no son usuales en los medios urbanos en que vivimos los escritores, y que están a punto de perderse para siempre. Había que servirse de ellos sin temor, y hasta con un cierto valor civil, porque siempre estaba presente el riesgo de que parecieran afectados y un poco pasados de moda.

Ahora viendo las cosas con cierta perspectiva, me doy cuenta de que el problema más difícil de resolver en la práctica fue el del lenguaje... (en Rosemblat 1969: 121).

Por su parte, el mexicano Juan José Arreola, autor de *La feria*, recuerda así la construcción lingüística de su novela:

En lo que se refiere al lenguaje, mi tarea fue la de recordar, recordar simple e intensamente los giros lingüísticos de la gente de Zapotlán. Para ello, además de la función de la memoria, me entregué a una serie de experimentos. Llegué a hablar con diversas personas, importantes o pintorescas, y reproduje sus palabras. Luego me entretuve dándoselas a leer, y me gustó que se reconocieran en ellas [en Carballo 1965:405].

Un caso distinto es el del relato *Biografía de un cimarrón*, del cubano Miguel Barnet. Se trata de la recopilación cuidadosa de los recuerdos de un viejo de 105 años, ex-esclavo. Barnet se da maña para rescatar no sólo las evocaciones del anciano, sino también su lenguaje coloquial, espontáneo, directo, sin otra intervención que la de ordenar un poco las historias y reducir hasta cierto punto, las repeticiones, las partidas falsas, los giros monótonos en su frecuencia, etc. En la Introducción, explica Barnet:

Muchas de nuestras sesiones fueron grabadas en cintas magnetofónicas. Esto nos permitió familiarizarnos más con formas de lenguaje, giros, sintaxis, arcaísmos y modismos de su habla. [...]... hemos tenido que parafrasear mucho de lo que él nos contaba. De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender y en exceso reiterante. Sin embargo, fuimos cuidadosos en extremo al conservar la sintaxis cuando no se repetía en cada página [p. 8-9].

La situación cambia radicalmente cuando se trata de fingir discursos en lenguas indígenas (quechua, maya, o guaraní). He aquí los testimonios de José María Arguedas, Miguel Ángel Asturias y Augusto Roa Bastos:

Dice Arguedas:

"...escribí en una forma completamente distinta, mezclando un poco la sintaxis quechua dentro del castellano, en una pelea verdaderamente infernal con la lengua" [en Cornejo Polar 1973:46].

"Era necesario encontrar los sutiles desordenamientos que harían del castellano el molde justo, el instrumento adecuado. Y como se trataba de un hallazgo estético, él fue alcanzado como en los sueños de manera imprecisa" [en Rama 1964: 22].

"...yo resolví el problema creándoles un lenguaje castellano especial [...] Pero los indios no hablan en ese castellano ni con los de lengua española, ni mucho menos entre ellos. Es una ficción. Los indios hablan en quechua" [Arguedas 1973:19-20].

Dice Asturias:

"El castellano no se conserva puro. No puede serlo, luego de haber atravesado como un torrente el territorio de veinte países. Arrastrándolo todo consigo, oro y residuos. Cambia los sonidos. Se hace más tierno, varía el modo de construir la frase [...]. Por otra parte [...], se apropia de lo que podríamos llamar el lenguaje de las imágenes. El novelista [...] a veces parece escribir a través de imágenes más que con palabras. A veces [...] recurre a la superposición de imágenes, o 'paralelismos', consistentes en acoplar metáforas. Fueron fórmulas estilísticas en uso en las más antiguas poblaciones indígenas de América" [en Segala 1967].

"La escritura primitiva de los indios era una forma de escritura ideográfica, como la de los chinos, como decían los españoles cuando vieron los primeros jeroglíficos. Porque para los indios la escritura y la pintura eran lo mismo. Ellos mismos lo dicen en sus viejos manuscritos: 'Porque ha sido pintado ya no se ve. Porque ha sido pintado ya no se lee. Porque ha sido pintado ya no se canta...' Es decir, porque ha sido escrito" [en Harss 1966: 105].

Dice Roa Bastos:

"En la escritura de este país, las particularidades de la cultura bilingüe, única en su especie en América Latina, constriñe a los escritores paraguayos, en el momento de escribir en castellano, a oír los sonidos de un discurso oral informulado aún, pero presente ya en la vertiente emocional y mítica del guaraní, escindido

entre la escritura y la oralidad [...]. En su conjunto mis obras de ficción están compuestas en la matriz de este texto primero, de este texto oral guaraní, que los signos de la escritura en castellano tienen tanta dificultad en captar y expresar, que las formas y las influencias culturales y literarias venidas de afuera no han conseguido borrar" [Roa Bastos 1997: 15-16].

Estas ideas y métodos se concretan en importantes novelas latinoamericanas. Recordemos, sólo a vía de ejemplos, pasajes de *Hombres de maíz*, *Rayuela*, *La feria*, *Pedro Páramo*, *Hijo de hombre*, *Los ríos profundos*, *El lugar sin límites*, *Tres tristes tigres*, *La guaracha del Macho Camacho*, *El hablador*, *Boquitas pintadas*, *Para comerte mejor* o *Cátedras paralelas*, etc. En poesía, gran parte de los textos de Nicanor Parra⁷, los versos de Violeta Parra, un buen número de poemas de Nicolás Guillén, Manuel del Cabral o Vicente Palés Matos, *Estación de los desamparados*, de Enrique Lihn. Esta tendencia es incentivada, además, por ciertas condiciones de la modernidad (o postmodernidad) urbana [García Canclini 1989], caracterizadas por la presión de los medios audiovisuales pragmáticos y artísticos en los que la palabra oral recobra eficacia y cierto predominio (radio, televisión, juegos electrónicos, internet, etc.). Estos medios se hibridan también con manifestaciones comunicativas de las culturas orales tradicionales [Lienhard 1995]; piénsese en los espectáculos populares, festivos, concursos, ferias, etc.

El rescate de la lengua oral, claro está, no es patrimonio exclusivo de la literatura hispanoamericana. Ángel Rosemblat observa que "escribir como se habla ha sido ideal del español desde Juan de Valdés hasta Unamuno" [Rosemblat 1969: 7]⁸. Como en tantas cosas, aquí *El Quijote* es ejemplar. Sin embargo, en los nuestros la ficción de oralidad parece ser uno de los recursos privilegiados para afirmar su identidad regional, es decir, su diferencia, especialmente con respecto a los centros metropolitanos occidentales. Lo anterior entraña -y así

⁷ Uno de los casos más representativos del conflicto y la interferencia entre oralidad y escritura es, no hay duda, el de la poesía de Nicanor Parra. Al respecto, Ivette Malverde, ha escrito palabras certeras y esclarecedoras: "la interacción entre oralidad y escritura tiene que ver [...] con los rasgos generales de la producción parriana y con el proyecto del autor de que sus libros son 'simultáneamente un documento literario y a la vez un documento visual', ya que el arte moderno, como dice él, es el de imágenes visuales, y el arte contemporáneo por 'antonomasia es la televisión'".

Malverde caracteriza del siguiente modo el circuito comunicativo imaginario de los *Sermones*: "La situación discursiva de este texto es propuesta como la de un espectáculo popular festivo, que requiere, por lo tanto, un lenguaje oral, coloquial. El hablante del poema introductor origina un discurso que figura emitirse oralmente pero que es escrito, lo que le permite valerse tanto de procedimientos propios de la oralidad como de la escritura. Al hacer uso de estas dos posibilidades amplía las opciones del discurso, produciéndose un fenómeno de travestismo verbal en el que la escritura se inviste de oralidad y en el que la oralidad se escribe [...] los procedimientos del lenguaje oral serán reproducidos a través de la escritura" [1985-1986: 79].

⁸ Gallardo 1985-1986 estudia con acierto y perspicacia la situación de frontera entre oralidad y escritura en *El libro de buen amor*.

me parece que es sentido por los escritores que se esfuerzan por rescatar formas orales- un problema de escisión y, por lo tanto de incompletud del perfil cultural propio. Esto es especialmente cierto en importantes textos narrativos, dramáticos y líricos actuales que buscan, precisamente, evocar todo tipo de expresiones y discursos procedentes de la cultura oral, tanto los que provienen de la comunicación informal (popular, vulgar, rural), como los correspondientes a la oralidad cultural de los pueblos aborígenes americanos, mediante, claro, la escritura y la lengua castellana.

Se trata, sin duda, de un esfuerzo, no siempre conseguido y no siempre comprendido, de dialogar con la otredad, con lo excluido por el canon de la literatura y cultura oficial, de dar testimonio de las voces ausentes en el interior de las manifestaciones culturales canónicas. Son muchísimos los textos literarios que recogen o reelaboran diversos temas, motivos, personajes o formas discursivas (lingüísticas, retóricas, enunciativas), propias del discurso oral. Muchas veces esta voluntad ha entorpecido las posibilidades de comunicación amplia, salpicando los textos de expresiones regionalistas, deformando las palabras para acercarlas a las formas de pronunciación coloquiales, rústicas o vulgares [Rama 1964]. Y es que las relaciones entre oralidad y escritura son bastante complejas. Debe tomarse en cuenta que a las evidentes diferencias entre la actividad lingüística oral y la escrita es preciso añadir las que derivan no sólo del instrumento significativo empleado (oralidad, escritura), sino, y sobre todo, aquellas que corresponden a la heterogeneidad cultural. Como se sabe, una cultura oral estructura su pensamiento, su saber, su axiología de modo distinto a una cultura basada en el valor de la escritura. Esto, a parte de todas las consideraciones antropológicas, etnológicas, políticoeconómicas, etc. que sea legítimo considerar.

Conviene insistir aquí en la evidente heterogeneidad de la cultura latinoamericana y la manifestación de esta heterogeneidad en los diversos sistemas literarios que empiezan a delinearse tempranamente junto con el asentamiento de ciertos rasgos culturales. En efecto, sobre la base de un español común, las formas coloquiales de cada zona cultural de América latina, van diseñando características propias en los diversos niveles lingüísticos más allá de las estructuras propiamente narrativas o dramáticas. Así, por ejemplo, las novelas o cuentos de Rulfo y Cortázar, de Lezama Lima y Donoso, de García Márquez y Asturias, de Arguedas y Roa Bastos, pueden compartir perfectamente modalidades propias del arte narrativo contemporáneo, pero, simultáneamente, en los diálogos de sus personajes, en el discurso de sus narradores, en los monólogos interiores, en sus preferencias léxicas, en sus giros sintácticos, en la reproducción imitativa de ciertos rasgos fonéticos se abren a la posibilidad de expresión de sus respec-

tivas culturas nacionales o regionales. Quien lea *Pedro Páramo*, *Rayuela*, *Paradiso*, *El obscuro pájaro de la noche*, *Cien años de soledad*, *Hombres de maíz*, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, *Hijo de hombre*, percibe, si algo conoce de las culturas de América latina, que lo mexicano, lo argentino, lo cubano, lo chileno, lo colombiano, lo guatemalteco, lo peruano, lo paraguayo asoma nítido en los discursos de personajes y narradores, no sólo como necesidad expresiva, sino como un acto voluntario en procura de un gesto identitario. Véanse si no estos fragmentarios ejemplos:

- *Te voy a dar diez pesos para cada uno. Ahí nomás para sus gastos más urgentes [...] Entre paréntesis: ¿te gustaría el ranchito de la Puerta de Piedra? Bueno, pues es tuyo desde ahorita. [...] ¿Qué dices, Dionisio?*

- *Eso ni se pregunta, patrón. Aunque con eso o sin eso yo haría esto por propio gusto. Como si usted no me conociera [Pedro Páramo: 193].*

.....
Era cuñado de Nachito Rivero, aquel que se volvió menso a los pocos días de casado y que Inés, su mujer, para mantenerse, tuvo que poner un puesto de tepache en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas desafinadas en una mandolina que le prestaban en la pulquería de don Refugio [El llano en llamas: 111].

Este pueblo, aquí donde usted lo ve, con todas sus calles empedradas, es la segunda ciudad de Jalisco, y en tiempos de la refulgencia fuimos la capital del Estado, con el General Diéguez como gobernador y Jefe de Plaza. Quisiera no acordarme. Carrancistas y villistas nos traían a salto de mata desde Colima a Guadalajara, pariendo chayotes. Y a la hora del ¡quién vive! no sabía uno ni qué responder. Si usted se quedaba callado, malo. Si contestaba una cosa por otra, tantito peor [...] Otro día le cuento [La feria: 10-11].

O sea que de dónde salió ese enano de carro chofereado por choferito negrito [...]: esa cucaracha de carro que se pega cucarachamente a la goma trasera izquierda de mi maquinón de maquinones [...]; o sea que es lo que qué carajo pasa allá adelante que los carros no se. O sea que esta calle es tan tan y ese enano de carro quiere pasarme...

O sea papi que lo mío es que mi Ferrari se sienta bien en Puerto Rico, que lo mío es que mi Ferrari tenga un ambiente cheverón en Puerto Rico, que lo mío es que mi Ferrari no se vaya a acomplejar porque le falta, porque no tiene... [La guaracha del macho Camacho: 130-131].

Rosendo Juárez el Pegador, era de los que pisaban más fuerte por Villa Santa Rita. Mozo acreditao pal cuchillo [...]. Sabía llegar de lo más paquete al quilombo, en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes,

Usaba un chambergo alto, de ala finita, sobre la melena grasienta; la suerte lo mimaba, como quien dice. Los mozos de la Villa le copiábamos hasta el modo de escupir. [Historia universal de la infamia: 95-96].

- Alguna vieja puritana armó un lío ahí arriba. Si la encontramos vos le pegás una patada en el traste.

- Ya está. Y vos me disculpas diciendo que a veces se me dispara la pierna por culpa del obús que recibí defendiendo Stalingrado.

- Y entonces vos te cuadrás y hacés la venia.

- Eso me sale muy bien, che, lo aprendí en Palermo. Vení, vamos a beber algo. No quiero mirar para atrás, oí como el cana la pateaba [...] Vení, rajemos una vez más... [Rayuela: 531].

Yo trabajé como ayudante de albañil.[...] Miserias pagaban por cada millar de ladrillos de cemento, ciento veinte soles. [...] He alzado tres cuartos y un corredorcito techado, adentro, en el patio. En eso me ha llegado de la sierra un sobrino loco, que se había loqueado porque dicen que un vecino de chacra, por ambición del terreno, le mandó hacer maleficio. [...]. Llegó a mi casa con su mujer jovencita y dos hijos ya.[...] Le hemos alimentado a los cuatro, con tecito, caldito de coles y camote. Ella ha conseguido puestecito en el mercado...; me sobrina sólo triguito mote no más vendía. [...] Después me llegó a la casa un amigo paisano. [...] Con engaños, dice, lo trajo un tío de él que es carnicero del puerto.

.....
El hombre ha desnudado. Ha dentrado al agua en medio de esa multitud de calatos temblocientos [...] El hombre ese [...] había sido maricón cobarde [...]. No aguantó. Dentra y ahí mismo salía, dentra otra vez, haciendo cruces su frente, y otra vez salía... [El zorro de arriba y el zorro de abajo: 264-265].

La Manuela se levantó de la cama y comenzó a ponerse los pantalones. Pancho podía estar en el pueblo todavía... Sus manos duras, pesadas, como de piedra, como de fierro, sí, las recordaba. El año pasado al muy animal se le puso entre ceja y ceja que bailara español. Que había oído decir que cuando la fiesta se animaba con el chacolí de la temporada, y cuando los parroquianos eran gente de confianza, la Manuela se ponía un vestido colorado con lunares blancos, muy bonito, y bailaba español. ¡Cómo no! ¡Macho bruto! ¡A él van a estar bailándole, mírenlo nomás! Eso lo hago yo para los caballeros, para los amigos, no para los rotos hediondos a patas como ustedes ni para peones alzados que se creen una gran cosa porque andan con la paga de la semana en el bolsillo... y sus pobres mujeres deslomándose con el lavado en el rancho para que los chiquillos no se mueran de hambre mientras los lindos piden vino y ponche y hasta fuerte... no. [El lugar sin límites: 10].

De modo que cuando nos referimos a la ficción de oralidad en la literatura latinoamericana, tenemos que, necesariamente, hacer algunas distinciones en relación con las zonas culturales y lingüísticas de textos y autores. Al menos, deben considerarse dos grandes tipos de ficcionalización de oralidad: los propios de culturas criollas, es decir, de aquellas en que la ficcionalización opera simplemente con diversas formas del español coloquial, popular o vulgar y aquellas otras, mestizas, en que lo que se imita corresponde a la oralidad propia de las culturas indígenas americanas, mediante un español hasta cierto punto distorsionado para hacerlo capaz de sugerir esas lenguas y sus universos culturales. Para el primer caso, piénsese, por ejemplo, en la literatura rioplatense o en la chilena, para el segundo, en textos pertenecientes a las zonas mesoamericana, andina o guaraní. La literatura caribeña constituye, en mi opinión, una situación especial, tal vez intermedia entre los tipos anteriores, debido a la carencia, en general, de sustratos lingüísticos indígenas y a la presencia de rasgos culturales y lingüísticos africanos.

Por este camino, la escritura se hace heterogénea (transcultural) y discontinua; no reconoce ni se inserta necesariamente en las tradiciones sancionadas por la norma letrada; por el contrario, asimila formas verbales provenientes de diversas tradiciones orales no letradas, como subculturas populares y campesinas o culturas indígenas, cuyas codificaciones difieren, a veces diametralmente, de la occidental. Una vez más la práctica literaria latinoamericana, característicamente heterodoxa con relación a los cánones metropolitanos, se sitúa a la vanguardia en el esfuerzo hermenéutico, mayormente intuitivo, encaminado a aprehender el proceso complejo y múltiple que va diseñando el perfil identitario de nuestra cultura. Ha sido la literatura, en verdad, uno de los instrumentos más eficaces en la configuración de esa conciencia latinoamericana. Y es que la creación literaria, al representar uno de los momentos de la reflexividad con que la cultura suficientemente madura se autocontempla, se constituye en una forma de conocimiento del mundo y de reconocimiento de sí en el mundo y, por lo tanto, en una instancia de percepción de la propia identidad cultural.

5.

El complejo proceso cultural que signa esta frontera entre siglos que nos ha tocado vivir y que precariamente tratamos de descifrar desde esta orilla latinoamericana, requiere de sectores intelectuales adecuadamente preparados, audaces, imaginativos, que sean capaces de entender la dinámica de esas nuevas formas de semiosis, de discernir sus sentidos, no sólo desde la lógica o la racionalidad

dad tradicionales, sino desde cualesquiera enfoques, umbrales, perspectivas o sistemas simbólicos sensibles a la aprehensión de los complejos fenómenos que articulan la cultura contemporánea.

Los avances tecnológicos y científicos son absolutamente necesarios para el progreso de los pueblos, pero, por sí solos, no resuelven las crisis. Son las actitudes de los seres humanos, sus políticas, sus visiones las que resultan decisivas. Y es ahí, cuando la necesidad de leer adecuadamente las señales de la historia, del mundo natural, de los movimientos sociales, etc. requiere imperiosamente de miradas comprensivas, visionarias, capaces de entender e interpretar los signos de la cultura. "Leer es encontrar sentidos" [Barthes 1980: 7]: éste es el desafío al que nos enfrentamos los que nos dedicamos a la enseñanza o al fomento de las humanidades, particularmente, de las letras: aprender a leer de nuevo los signos de los tiempos en los libros y en la naturaleza, en los procesos sociales y en los descubrimientos científicos.

Todo texto, aunque no sea literario, requiere de un lector activo, competente, crítico, creador, capaz no sólo de recabar la información que allí se contiene, sino de entenderla, situarla, valorarla, es decir, de interpretarla y hacerla funcional para sí y para su entorno. La lectura bien hecha pone en entredicho el universo referido o constituido por el texto, porque toda lectura adecuada establece puentes, conexiones entre lo que los códigos del texto validan en la configuración de sus mensajes y lo que los códigos culturales y las múltiples experiencias de lecturas anteriores, interactuando en la conciencia del lector, proyectan como sistema individual de significaciones (conceptos, valores, creencias, etc.).

Un libro –ha dicho Borges- es más que una estructura verbal, o que una serie de estructuras verbales; es el diálogo que entabla con su lector y la entonación que impone a su voz y las cambiantes y durables imágenes que deja en su memoria. Ese diálogo es infinito [...] La literatura no es agotable, por la suficiente y simple razón de que un sólo libro no lo es. El libro no es un ente incommunicado: es una relación, es un eje de innumerables relaciones [Borges 1960: 207].

Interpretar, otorgar sentido, reconocer el plural de que está hecho cualquier texto [Barthes 1980: 3] es una facultad profundamente humana que, sin embargo, necesita, como todas las facultades, de un desarrollo y una maduración, consiguientemente, de un proceso educativo. La suma del conocimiento humano es el producto de ejercicios de lectura -memoria e imaginación-, es decir, de procesos hermenéuticos que han permitido observar fenómenos, des-

cubrir relaciones, establecer leyes, operar cambios, imaginar soluciones, proyectar resultados. Desde que el ser humano existe, aun antes de poseer sistemas de signos escritos, ha practicado su humanidad leyendo el mundo: los fenómenos naturales, los ciclos de creación y destrucción, el movimiento de los astros, los mensajes ultraterrenos, su propio comportamiento externo e interno.

El universo humano, el cosmos, está integrado no por objetos insignificantes sino por relaciones de sentido. Toda la cultura es significativa. Educar significa, entonces, favorecer la capacidad de leer, es decir, de dotar de sentido al mundo. Por lo tanto, si bien la capacidad de lectura de textos es una forma parcial de habérselas con el mundo, ya que toda actividad cognocente, toda relación afectiva constituyen otras tantas formas de lectura, se yergue, de todas maneras, como una de las formas más eficaces para aprender a dotar de sentido a lo real, en la medida en que los textos, especialmente los literarios, configuran simulacros y visiones del mundo susceptibles y necesitados de lectura. De aquí que la operación de leer aparezca, en esta perspectiva, como un trabajo indispensable en todo proceso de formación intelectual. La lectura de textos, la lectura competente, interpretativa sigue siendo una de las formas más económicas y eficaces no sólo para la adquisición de conocimientos, sino para la adecuada comprensión de la cultura en tanto orden humano y del rol que cada cual debe, puede o quiere jugar en ese orden. La capacidad de lectura es, en este sentido, un buen parámetro para medir el estado de conciencia de una sociedad [Subercaseaux 1984: 5]. Este es el significado que da Luis Muñoz al estudio y enseñanza de la literatura:

Me he preocupado de estudiar y enseñar la literatura. En estos tiempos de gran pragmatismo, esto de enseñar literatura pareciera un despropósito, algo inútil, un sin sentido. Sin embargo, mantengo la confianza en que las disciplinas humanísticas seguirán teniendo una función necesaria e insustituible en la formación universitaria. Y lo digo convencido por lo que respecta a la poesía, a su lectura y a su enseñanza. Porque si, como sabemos, es verdad que la literatura en cuanto actividad poética es ficción, también y por lo mismo representa una de las dimensiones fundamentales del ser del hombre en el mundo: la dimensión creativa de la fantasía, de la afectividad, de las vivencias. Así la vida humana y la literatura se asocian en una interacción permanente. La lectura, pues, habrá necesariamente de humanizarnos, y su enseñanza siempre será necesaria en el aprendizaje de seres humanos [Muñoz 1992: 5].

No tengo ninguna duda, de que lo que última y definitivamente justifica y justificará siempre el estudio y fomento de las letras y las artes es que ellas constituyen el supremo producto simbólico de aquello que mejor nos caracteriza como seres humanos: el lenguaje. En efecto, el lenguaje como aprehensión del mundo es el supuesto de la cultura en tanto imagen interpretativa de la reali-

dad; como actividad dialógica es fundamento de lo social y de la historicidad del hombre; por eso mismo es instrumento de comunicación y de praxis social; como actividad creadora es el primer fenómeno de la libertad. En síntesis, la lectura adecuada de textos literarios, más allá o más acá de cualquier canon, requiere el desarrollo de una competencia interpretativa tal que nos permita entenderlos como textos abiertos a significaciones plurales en el contexto mayor de los signos de los tiempos. Esta forma de diálogo con los textos y a través de ellos con las culturas a las que pertenecen ("La literatura es el documento por excelencia de la historia de una lengua" (Alatorre 1991: 156), no sólo nos otorgará el placer de leer (cuestión que no carece de importancia), sino que contribuirá a insertarnos crítica y creadoramente en nuestro propio ámbito cultural.

Muchas gracias.

REFERENCIAS

- | | |
|-------------------------------|--|
| Alatorre, Antonio. 1991. | <i>Los 1000.1 años de la lengua española</i> , México, Fondo de Cultura Económica. |
| Arguedas, José María. 1971. | <i>El zorro de arriba y el zorro de abajo</i> , Buenos Aires, Losada, 2ª. |
| Arguedas, José María. 1973. | <i>Yaguar Fiesta</i> , Santiago, Universitaria. |
| Arreola, Juan José. 1963. | <i>La feria</i> , México D.F., Joaquín Mortiz. |
| Asturias, Miguel Angel. 1964. | <i>Hombres de maíz</i> , Buenos Aires, Losada, 4a. |
| Barnet, Miguel. 1977. | <i>Biografía de un cimarrón</i> , Buenos Aires, Centro Editor de América Latina. |
| Barthes, Roland, 1980. | <i>S/Z</i> , México, Siglo XXI. |
| Borges, Jorge Luis. 1960. | <i>Otras inquisiciones</i> , Buenos Aires, Emecé. |
| Borges, Jorge Luis. 1966. | <i>Historia universal de la infamia</i> , Buenos Aires, Emecé, 6ª. |

- Carballo, Emanuel. 1965. *Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, México, D.F. Empresas Editoriales.
- Carrasco Muñoz, Iván. 1991. "Textos chilenos de doble registro", *Revista Chilena de Literatura*, 37: 113-22.
- Colombres, Adolfo. 1993. "Modernidad dominante y modernidades periféricas, o el concepto de nueva modernidad", en A. Colombres (coord.), *América Latina: el desafío del tercer milenio*, Buenos Aires, Ediciones del Sol: 275-96.
- Cornejo Polar, Antonio. 1973. *Los universos narrativos de José María Arguedas*, Buenos Aires, Losada.
- Cortázar, Julio. 1966. *Rayuela*, Buenos Aires, Sudamericana, 4ª.
- Donoso, José. 1966. *El lugar sin límites*, México, D.F., Joaquín Mortiz.
- Escobar, Ticio. 1993. "Precapitalismo/posmodernismo". La encrucijada dependiente", en A. Colombres (coord.), *América Latina: el desafío del tercer milenio*, Buenos Aires, Ediciones del Sol: 261-74.
- García Canclini, Néstor. 1989. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Consejo Nacional para la cultura y las artes/Grijalbo.
- Gallardo, Andrés. 1985-1986. "Alfabetismo en la oralidad. El escritor medieval y la cultura del idioma", *Acta Literaria*, 10-11: 133-143.
- Hernández, José. 1968. *Martín Fierro*, Buenos Aires, Losada, 3ª.
- Lienhard, Martín. 1995. "Circuitos de la voz andina", en Guillermo Mariaca (ed.), *Memorias. Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*, La Paz, Plural / UNMSA.

- Lienhard, Martín. 1997. "¿De qué estamos hablando cuando hablamos de oralidad?", en Ricardo J. Kaliman (ed), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, t. I.:47-55.
- Malverde Diosselkoe, N. Ivette.1985-6. "La interacción escritura-oralidad en el discurso carnavalesco de los *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*", *Acta Literaria*, 10-11 77-90. Martín Barbero, Jesús. 1993. "Nuevos modos de leer", *Revista de Crítica Cultural*, 7: 19-23.
- Muñoz, Luis..1992. *Lectura y lectores en El Quijote*, Concepción, Ediciones de la Universidad de Concepción (Tribuna Universitaria 10).
- Ostria González, Mauricio. 1988. *Escritos de varia lección*, Concepción, Sur.
- Ostria González, Mauricio. 1995. *Sobre el sentido de la lectura*, Ediciones de la Universidad de Concepción (Tribuna Universitaria 22).
- Ostria González, Mauricio. 1992. "Marginalidad y diferencia. Situación de la cultura y la literatura latinoamericana", VV. AA., *Reflexiones en torno al V Centenario*, Rosario, U.N.R. Ed.
- Ostria González, Mauricio.1995. "Formas de figuración de lo oral en el discurso literario hispanoamericano", en VV.AA., *El Español de América*, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, t. II: 1252-6.
- Ostria González, Mauricio. 1997. "Ficcionalización de las lenguas amerindias en el discurso literario hispanoamericano", en R, Kaliman (ed.), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, U. N. T.; 1:198-209.
- Ostria González, Mauricio. 2001. "Identidad regional y oralidad en el discurso literario latinoamericano", *Logos*, 11: 25-41.

- Ostria González, Mauricio. 2001. "Literatura oral, oralidad ficticia". *Estudios Filológicos*, 36: 71-80.
- Pacheco. 1997. "La oralidad cultural como principio interpretativo en los estudios literarios latinoamericanos", en Ricardo J. Kaliman (ed.), *Memorias de JALLA Tucumán 1995*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, t. I.: 19-30.
- Paz, Octavio. 1990. *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Barcelona, Seix Barral.
- Paz, Octavio. 1990. *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, Barcelona, Seix Barral.
- Paz, Octavio. 1995. *Pequeña crónica de grandes días*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Ángel. 1964. "Diez problemas para el novelista latinoamericano", *Casa de las Américas*, 26.
- Roa Bastos, Augusto. 1997. *Hijo de hombre*, Madrid, Alfaguara.
- Rosemblat, Ángel. 1969. *Lengua literaria y lengua popular en América*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Rowe, William. 1996. *Hacia una poética radical. Ensayos de hermenéutica cultural*, Beatriz Viterbo Editora/Mosca Azul Editores.
- Rulfo, Juan. 1961. *El llano en llamas*, México, Fondo de Cultura Económica, 5ª.
- Rulfo, Juan. 1980. *Pedro Páramo*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 5ª.
- Sánchez, Luis Rafael. 1985. *La guaracha del macho Camacho*. La Habana, Casa de las Américas.
- Segala, Amos. 1967. "Entre magia y compromiso político. Entrevista con Miguel Angel Asturias", *El Gallo Ilustrado*. Suplemento dominical de *El Día* [México, D.F., 12, nov].

Subercaseaux, Bernardo. 1984.

Notas sobre autoritarismo y lectura en Chile, Santiago, Cenecha.

Valdés, Adriana. 1997.

"Mujeres, cultura, desarrollo. Perspectiva desde América Latina", en R. León (comp.), *América Latina continente fabulado*, Santiago, Dolmen.